
El Jardín de los Cerezos

Antón Chéjov

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 241

Título: El Jardín de los Cerezos

Autor: Antón Chéjov

Etiquetas: Teatro

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 20 de mayo de 2016

Fecha de modificación: 30 de septiembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

PERSONAJES

LUBOVA ANDREIEVNA RANEVSKAIA, propietaria rural.

ANIA, diecisiete años, su hija.

VARIA, veinticuatro años, su hija adoptiva.

LEÓNIDAS ANDREIEVITCH GAIEF, hermano de Lubova Andreievna.

YERMOLAI ALEXIEVITCH LOPAKHIN, mercader.

PIOTOR SERGINEVITCH TROFIMOF, estudiante.

PITSCHIK BORISAVITCH SIMEACOF, pequeño propietario rural.

CARLOTA YVANOVNA.

SIMEÓN PANTELEIVITCH EPIFOTOF, administrador.

DUNIASCHA, camarera.

FIRZ, ochenta y siete años, camarero.

YASCHA, joven ayuda de cámara.

Un desconocido.

El jefe de la estación del ferrocarril.

PESTOVITCH TCHINOVNIK, funcionario público.

Gente en visita.

Sirvientes.

Primera parte

Casa—habitación en la finca de Lubova Andreievna. Aposento llamado «de los niños», porque allí durmieron siempre los niños de la familia. Una puerta comunica con el cuarto de Ania. Muebles sólidos, de caoba barnizada, estilo 1830. Macizo velador. Amplio canapé. Viejo armario. En las paredes, litografías iluminadas. Despunta el alba de un día del mes de mayo. Luz matinal, tenue, propia de los crepúsculos del Norte. Por la ancha ventana, el jardín de los cerezos muestra a todos sus árboles en flor. La blancura tenue de las flores armonízase con la suave claridad del horizonte, que se ilumina poco a poco. El jardín de los cerezos es la belleza, el tesoro de la finca; es el orgullo de los propietarios. Aquí están Duniascha, en pie, con una vela en la mano; Lopakhin, sentado, con un libro abierto delante de sus ojos.

LOPAKHIN (aplicando el oído). —Paréceme que el tren ha llegado por fin. ¡Gracias a Dios! ¿Puedes decirme qué hora es?

DUNIASCHA. —Son las dos. (Apaga la bujía.) Ya lo ve usted, amanece.

LOPAKHIN. —El tren lleva dos horas de retraso, por lo menos. Pero ¿quién se admira ya de los retrasos de los trenes? Después de todo, soy un imbécil. Sí, soy un imbécil. Vine justamente para ir al encuentro del tren. Procediendo con toda la calma imaginable, hubiera llegado a tiempo, puesto que el tren anda retrasado dos horas, como de costumbre. Tomé un libro para mantenerme despierto, y me dormí apenas hube leído las primeras líneas. ¿Por qué no me despertasteis, Duniascha?

DUNIASCHA. —Muy sencillo. Porque supuse que se habría

despertado sin necesidad de mí. (Escuchando rumores que vienen de fuera.) Ya llegaron... ¡Escuche!...

LOPAKHIN (escuchando a su vez). —No. ¡Esto no puede ser! Teníamos que haber recogido el equipaje, hacerlo cargar, acomodarlo en los coches, y eso, y lo otro, y lo de más allá... ¿Cómo es posible que ya estén ahí?... Lubova Andreievna ha residido en el extranjero por espacio de cinco años. Mucho debe de haber cambiado. En el extranjero se contraen nuevos hábitos, se cambian las ideas, se modifica el carácter. Como quiera que sea, Lubova Andreievna es una excelente mujer, llana, tratable, de buen corazón. Me acuerdo de que, siendo yo un muchachuelo de ocho años, mi padre, mercader de un pueblo inmediato, me pegó en la cara, no sé por qué, y me brotó sangre de la nariz. Lubova Andreievna, entonces tan jovencita, tan delgada, tan cándida, me tomó de la mano, me condujo al lavabo, que precisamente se hallaba en esta habitación, y me dijo: «No llores, aldeanito, no llores; esto no será nada. De aquí a tu boda, todo habrá pasado...» ¡Ah, sí; aldeanito! En efecto: mi padre era un labriego, nada más que un insignificante labriego; pero yo, ahora, uso chaleco blanco y calzo botas amarillas... No cabe duda, soy rico; tengo muchísimo dinero; aunque reflexionándolo bien, mirando las cosas como son, yo, a mi vez, no soy sino un labriego... Quise leer este libro, hice lo posible por leerlo, traté de comprender, y nada comprendí. Las letras impresas me trajeron el sueño, y me dormí profundamente.

DUNIASCHA. —Los perros, sin embargo, no se duermen jamás cuando esperan a sus amos.

LOPAKHIN. —¿Qué te ocurre, Duniascha? Tu actitud me causa extrañeza.

DUNIASCHA. —Mis manos tiemblan. Mis piernas flaquean. Tengo miedo de caer.

LOPAKHIN. —Ello viene de que tú eres muy impresionable, de que te enterneces demasiado. Hay algo a en ti que no me

agrada del todo; tú vistes como una señorita. No es posible continuar así. Debes acordarte de ti misma y hacerte cargo de cuál es tu verdadera condición.

EPIFOTOF (entra con un gran ramo de flores y con el traje de los domingos. Tropezaba, y el ramo cae al suelo). —El jardinero me encomendó este ramo, diciéndome que había que colocarlo en un jarrón, sobre la mesa. (Epifotof entrega las flores a Duniascha, y ella cumple el encargo.)

LOPAKHIN (dirigiéndose a Duniascha). —Te he dicho que me traigas kwas.

DUNIASCHA. —Ahora mismo. (Vase.)

EPIFOTOF. —Es ya de día... Tres grados bajo cero, y todos los cerezos en flor... Yo no puedo aprobar este clima. (Suspira.) ¡Ah! ¡No! Es absurdo. Nuestro abominable clima va siempre contra nuestra conveniencia. Permítame usted, Yermolai Alexievitch, que le explique mi caso: hace tres días compré un par de botas; mírelas, son éstas que llevo. Las malditas, se lo aseguro, hacen tal ruido que no hay modo de andar con ellas. ¿Qué hacer? ¿Cómo podría yo engrasarlas para que no rechinen?

LOPAKHIN. —¡Déjame en paz! Me fastidias con tus estúpidas historias.

EPIFOTOF. —Todos los días me ocurre algo desagradable. Al fin y al cabo, yo no me lamento. Ya empiezo a acostumbrarme a las contrariedades crónicas. Ellas me hacen ya sonreír.

DUNIASCHA (entra y presenta a Lopakhin el vaso de «kwas»). —Está servido el señor.

EPIFOTOF. —Voy a... (Pronuncia frases incoherentes, va de un lado para otro y sale.)

DUNIASCHA. —Tengo que decirle, Yermolai Alexievitch, que

Epifotof quiere casarse conmigo; ha pedido mi mano...

LOPAKHIN. —¡Ah!...

DUNIASCHA. —¿Por qué no? Es una persona tranquila. Su único defecto es que cuando empieza a hablar no sabe contenerse, y habla, habla... No se le entiende todo lo que dice. Pero habla con entusiasmo, convencido de que sus palabras tienen un valor. A mí, a decir verdad, no me disgusta. Me quiere locamente. En el fondo, es una persona que no tiene suerte. Cada día le sucede alguna peripecia. En su casa se burlan de él. Le dan el nombre de el «Veintidós desgracias».

LOPAKHIN (aplicando el oído). —Duniascha, paréceme que llegan...

DUNIASCHA. —¡Llegan!... ¡Dios grande!... Casi me dan escalofríos...; ¡brrrr!

LOPAKHIN. —En verdad, llegan. Vamos a su encuentro. ¿Me reconocerán todavía? ¡Cinco años hace que no nos hemos visto!

DUNIASCHA (con agitación). —Me siento mal. No me sostengo en pie. (Vacila.) Oíd, oíd... (Óyense ruidos de carruajes que se aproximan.) Se acercan... (Lopakhin y Duniascha precipítanse fuera de la habitación. Ésta queda vacía. Poco después aparece Firz, el viejo servidor, caminando difícilmente, apoyado en un bastón, y dirígese hacia la salida, por donde deben llegar los viajeros. Va vestido a la antigua. Lleva librea y sombrero de copa. Articula frases ininteligibles, como paralizado por la emoción. Óyense frases pronunciadas desde fuera.) Pasemos por aquí... Eso es..., por aquí...; ya estamos.

(Lubova Andreievna y Carlota Yvanovna entran. Carlota lleva tras sí, atado, a su perrito. Ambas están en traje de viaje. Siguen Ania, elegante; Gaief, Simeacof, Pitschik, Lopakhin y Duniascha, cargados de paquetes, paraguas y sombrillas. Camareras y criados transportan los baúles.)

ANIA. —¿Te acuerdas, mamá, de esta habitación?

LUBOVA ANDREIEVNA (con lágrimas de gozo). —¡Sí, me acuerdo! Esta es la habitación de los niños.

VARIA. —¡Qué frío hace! Mis manos están heladas. (Dirigiéndose a Lubova Andreievna.) Nuestros aposentos, mamá, el azul y el violeta, siguen siendo los mismos. Ninguna variación hubo en ellos. Tal como los dejamos, tal están.

LUBOVA (mirando en derredor suyo). —Verdaderamente, esta habitación de los niños es encantadora. Aquí dormí yo siendo niña, muy niña. (Llora.) Y hoy, ¿por qué no decirlo?, vuelvo a ser una niña... (Abraza a su hermano, a Varia, y de nuevo a su hermano.) Varia, como siempre, parece una monja... Y aquí está Duniascha; la reconozco bien; no ha cambiado en nada.

(Abraza a Duniascha.)

GAIEF. —El tren lleva dos horas de retraso. ¡Qué desorden! Este país no se parece a ningún otro. Mejor fuera que no hubiese ferrocarriles...

CARLOTA (a Pitschik). —Mi perro come hasta las nueces.

PITSCHIK. —¡Figúrense ustedes!... Un perro que come nueces. ¿Es posible?

(Todos salen, a excepción de Ania y Duniascha.)

DUNIASCHA. —¡Con cuánta impaciencia, señorita, les hemos esperado! (Ayuda a Ania a quitarse el abrigo y el sombrero.)

ANIA. —Hace cuatro noches que no puedo pegar los ojos. Siento mucho frío.

DUNIASCHA. —Como salieron ustedes durante la Cuaresma, temíamos la nieve y el hielo... No pueden imaginar hasta qué punto me inquietaba yo por su regreso. Deseaba verlos de nuevo. Deseaba, sobre todo, referirle mi dicha...

ANIA (con apatía). —Alguna nueva sandez.

DUNIASCHA. —Él también se impacienta. ¿Sabe de quién le hablo? ¿Quién es el culpable? Epifotof, que pidió mi mano para después de Pascua.

ANIA. —Siempre la misma cosa. (Arreglándose el peinado.) He perdido todos mis alfileres. (Titubea, fatigada.)

DUNIASCHA. —Yo no sé verdaderamente qué pensar; él me ama, me ama tanto...

ANIA (dulcemente, sin pasar el umbral). —Mi habitación, mis muebles, mis ventanas, como si nunca las hubiera abandonado. Ahí están. Me encuentro en mi casa. Mañana por la mañana al levantarme iré al jardín. ¡Ah! Si pudiera dormirme en seguida. No he dormido en todo el viaje. La angustia me impedía conciliar el sueño.

DUNIASCHA. —Señorita, hace tres días que Píotor Serginevitch llegó.

ANIA (con alegría). ¿Pietcha?

DUNIASCHA. —Le hemos alojado en la casita del baño. Allí duerme. Dice que no quiere molestar. (Mirando su reloj.)

ANIA. —¿No convendría despertarlo?

DUNIASCHA. —Bárbara Chichailovna nos lo prohibió, diciendo «Cuidado con despertarlo».

VARIA (las llaves colgantes del cinto). —Duniascha, date prisa. Mamá desea tomar café.

DUNIASCHA. —Al instante; voy a prepararlo. (Vase.)

VARIA. —En fin, Anita mía, de nuevo te veo en casa. (Acariciándola.) Mi querida Ania está de regreso. ¡Bravo!

ANIA. —Bastante he sufrido, créelo.

VARIA. —Lo creo.

ANIA. —Me puse en viaje en la primera semana de Cuaresma. El frío era intenso. Carlota charlaba sin cesar, me trastornaba el seso. ¿Por qué me la diste como compañera?

VARIA. —A tu edad, a los diecisiete años, no podías viajar sola.

ANIA. —Llegamos a París. Hacía frío. La nieve tapizaba los techos y las calles. Yo hablo el francés bastante mal. Mamá vivía en el quinto piso. Al entrar en su alojamiento, vi algunos franceses y señoras, y un cura anciano, con un libro. El desorden allí era grande. El humo de los cigarrillos invadía la atmósfera. Allí no se sentía uno a sus anchas. Súbitamente, mamá me inspiró compasión. Cogí su cabeza entre mis manos, la estreché, la cubrí de besos. No me era posible soltarla. Mamá me acariciaba, llorando copiosamente.

VARIA (a través de las lágrimas). —No hables... No hables..., mi querida Ania.

ANIA. —Han vendido la villa que tenía cerca de Menton. Nada le queda, absolutamente nada. ¡Qué ruina! ¡Qué desastre! Estamos sin un copek. Lo que nos restaba, apenas nos bastó para el viaje. Mamá no comprende. ¡Con decir que en el restaurante de la estación pidió los platos más caros y dio al mozo una propina regia!... Carlota, por su parte, y Yascha también, comieron lo que más caro costaba. Hubiérase dicho que no sabíamos qué hacer con nuestro dinero. ¡Terrible! ¡Gastar así cuando en la bolsa no hay más que aire! ¿Por qué hacer venir a Yascha, el ayuda de cámara de mamá, con nosotros? ¿De qué podrá servirnos?

VARIA. —Buen perillán está...

ANIA. —¿Y la contribución? ¿Se ha pagado?

VARIA. —Ciertamente que no.

ANIA. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

ARIA. —En el mes de agosto próximo, la propiedad será vendida por mandamiento judicial.

ANIA. —¡Dios mío!...

(Lopakhin, entreabriendo la puerta, escucha.)

ANIA (a Varia en voz baja). —¿Y Lopakhin, te ha propuesto la boda? (Varia hace un signo de cabeza negativo.)

ANIA. —Él te quiere, sin embargo. ¿Por qué no os explicáis? ¿Qué esperáis, pues?

VARIA. —Me parece que esto no va a seguir adelante. El hombre está ocupadísimo. No piensa, no tiene tiempo de pensar en mí. No me presta la menor atención. ¡Que Dios le bendiga! Me causa pena el verle. Todo el mundo se ocupa de nuestro matrimonio, todos nos felicitan, y, en realidad, no hay nada de serio ni de real. No es más que una ilusión... (Cambiando de tono.) Ania, tu broche tiene la forma de una abeja.

ANIA (tristemente). —Es mamá quien me lo confió... En París, sabes, subí a un globo cautivo.

VARIA. —Me parece mentira que estés de vuelta. (Abrazándola.) Mi buena, mi querida Ania, ha llegado por fin.

DUNIASCHA (con la cafetera y un juego de café). —El café para Lubova Andreievna.

VARIA. —Todo el día lo consagro a las faenas domésticas; y mientras trabajo, sueño. Yo me digo: es necesario que te cases con una persona rica, y de esta suerte, vivirás tranquila; luego, irás en peregrinación a algún santuario, a Kief..., a Moscú...; recorrerás todos los lugares santos...

ANIA. —Las alondras cantan en el jardín. ¿Qué hora es ya?

VARIA. Me parece que las tres. Debieras acostarte, querida mía.

ANIA. —Tienes razón. (Entran en la cámara de Ania.) Es deliciosa... (Llega Yascha con una manta de viaje y un saco de mano; atraviesa la habitación, no sin preguntar discretamente.) ¿Se puede pasar?

DUNIASCHA. —No lo había reconocido. ¡Cómo ha cambiado en el extranjero!

YASCHA. —¡Hola! Y usted, ¿quién es?

DUNIASCHA. —Cuando se fueron los señores de viaje, yo era así de alta. (Señalando con la mano una estatura baja.) Yo soy Duniascha, la hija de Teodoro Konoyedof. ¿No se acuerda, señor Yascha?

YASCHA. —¡Hum! Un pepino. (Echa un vistazo en derredor y le aplica un beso en la mejilla a Duniascha. Ésta lanza un grito ahogado y deja caer un platillo. Yascha huye.)

VARIA (Desde la puerta). —¿Qué diablos ocurre?

DUNIASCHA. —He roto un platillo.

VARIA. —Eso es de buen agüero.

ANIA (asomando por su habitación). —Convendría hacer saber a mamá que Pietcha se encuentra aquí.

VARIA. —Sí; pero yo he dado orden de no despertarle.

ANIA (en la puerta de su estancia; pensativa). —Seis años hace que murió papá. Un mes más tarde, mi hermanito Grischa se ahogó en el río. Era un lindo muchacho de siete años. Mamá no pudo soportar este dolor, y partió para tierras extrañas. Aquí dejó, tras de sí, sus pesares. (Temblando.)

¡Cómo la comprendo!... ¡Si ella supiera!... (Ensimismada.) Pietcha Trofimof era el profesor de Grischa. Su nombre puede despertar en mamá recuerdos penosos.

FIRZ (muy correcto, encamínase hacia el servicio de café). —La señora tomará aquí su desayuno. (Se pone los guantes blancos.) ¿El café, está listo? (A Duniascha.) ¿Y la leche?

DUNIASCHA. —¡Ah! ¡Dios mío! (Sale corriendo.)

FIRZ (contemplando la cafetera). —¿Y tú?... Henos aquí, de regreso de París... Antaño, el señor estuvo también en París... en coche... No se viajaba de otro modo. (Ríe.) En coche.

VARIA. —¿De qué ríes, Firz?

FIRZ. —¿Qué quieres? (Con júbilo.) La señora, por fin, ha regresado. Ahora, yo podré morir tranquilamente. (Se enjuga las lágrimas.)

(Entran Lubova Andreievna, Gaief, Lopakhin y Pitschik, este último en «padiovska» de paño fino, pantalones bombachos y botas altas, nuevas. Gaief, al entrar, hace movimientos con sus manos y su cuerpo, como si jugara al billar.)

LUBOVA ANDREIEVNA. —¿Cómo era esto? Voy a recordar. La bola encarnada, a un lado...

GAIEF. —Y yo, por tabla... ¿Te acuerdas, hermana mía? Tiempo pasó desde que dormíamos en esta habitación. Yo cuento ahora cincuenta y un años. Más de medio siglo. ¡Es raro, verdad!

LOPAKHIN. — El tiempo vuela...

GAIEF. —¿Qué?

LOPAKHIN. —He dicho que el tiempo vuela.

GAIEF. —Aquí huele a pachulí.

ANIA (sale de su habitación) —He decidido irme a dormir. Buenas noches, mamá. (La besa.)

LUBOVA. —Ángel querido, ¿estás contenta de hallarte de nuevo en casa? A mí se me figura un sueño.

ANIA. —Adiós, tío.

GAIEF (besando la mejilla y la mano de Ania). —Que Dios te bendiga. ¡Cómo te pareces a tu madre! (Dirigiéndose a su hermana.) Tú, Liuba, a su edad, tú eras enteramente como ella. (Ania tiende la mano a Lopakhin y a Pitschik, penetra en su habitación y cierra la puerta.)

LUBOVA. —Debe de estar cansadísima.

VARIA (a Lopakhin y a Pitschik). —Vamos; ya han dado las tres. Hay que tener un poco de conciencia. Hora es de dejar descansar a los viajeros.

LUBOVA. —Tú, Varia, tú eres siempre la misma. (La trae hacia ella y la besa.) Voy a tomar una taza de café, y nos iremos todos a dormir. (Firz coloca una almohadilla bajo los pies de Lubova Andreievna.) Gracias, querido. Yo no he perdido la costumbre de tomar café. Lo bebo de día y de noche... No sé prescindir del café... Muchas gracias.

FIRZ. —Si está bien, señora.

VARIA. —Hay que ver si trajeron todo el equipaje. (Vase.)

LUBOVA. —¿Es posible que sea yo la que se encuentra en este sitio? Ganas me vienen de saltar, de bailar. ¿Estoy soñando? Dios sabe si yo amo a mi patria. La adoro. Desde la ventanilla del vagón, la contemplación del paisaje me emocionaba profundamente. Lloraba como una niña... En fin, es necesario que acabe de tomar el café. Gracias, muchas gracias, viejo. ¡Qué contenta estoy de haberte hallado vivo todavía!

FIRZ. —Anteayer...

GAIEF. —Oye mal.

LOPAKHIN. —Muy temprano, hacia las cinco de la mañana, tengo que salir para Kharkof. ¡Qué fastidio! Mucho me gustaría poder permanecer con vosotros, conversar... La miro a usted, señora, y la veo como fue siempre: deslumbrante.

PITSCHIK. —Hasta ha embellecido. Ahí la tenéis, vestida a la última moda de París.

LOPAKHIN. —Su hermano Leónidas Andreievitch afirma que yo soy un ganapán, un explotador; diga lo que quiera, no me importa. Puede decir lo que le venga en gana. Lo que yo desearía es que la señora me tratase con entera confianza, como antes de ahora me trataba, y que su dulce mirada se fijase en mí alguna que otra vez. Mi padre fue siervo en casa de vuestro abuelo y en casa de vuestro padre; y usted, particularmente, señora, me ha dispensado tanto bien que he olvidado todo lo antiguo y la quiero como si fuese de mi familia, y aun más.

LUBOVA. —No puedo contenerme..., no, no puedo. (Levántase agitada.) ¿Cómo sobrevivir a una alegría tan intensa? Reíos de mí; soy una tonta, una imbécil... ¡Mi pequeño armario! (Lo besa.) ¡Mi mesita!... ¡Todo lo que me rodea me es tan querido!... ¡Habla tanto a mi alma!...

GAIEF. —Durante tu ausencia, la nodriza murió...

LUBOVA (vuelve a sentarse y absorbe su café). —Lo sabía. Me lo escribieron. ¡Que Dios la haya en su seno!

GAIEF. —Y Anastasia murió también. Petrushka, la miope, nos dejó, y ahora habita en casa del jefe de los agentes de policía. (Saca de su bolsillo una cajita de caramelos.)

PITSCHIK. —Mi hija Daschinka la saluda, señora.

LOPAKHIN. —Yo quisiera referirle algo alegre. (Mira su reloj.) ¡Cáspita, debo partir en seguida! No tengo tiempo que perder... No obstante, lo que he de decirle se lo diré en dos o tres palabras. Supongo que estará informada de que vuestro jardín de los cerezos será puesto en venta para responder de las deudas. La subasta está anunciada para el 22 de agosto; pero usted, querida amiga, permanezca tranquila; no se inquiete, duerma sin recelos; no faltará solución a este conflicto. Tengo un proyecto. ¿Quiere usted prestarme atención? La finca está situada a veinte kilómetros de la ciudad, y por sus linderos pasa la vía férrea. Dividiendo en parcelas el jardín de los cerezos y la parte de su propiedad más próxima al río, podrían arrendarse a quienes quisieran construir datchas. Sin dificultad le rentaría a usted esto veinticinco mil rublos anuales. Es una especulación segura. Yo le garantizo que todas las parcelas serán inmediatamente arrendadas a buen precio.

GAIEF. —Excúseme si le advierto que lo que acaba usted de decir es una solemne tontería.

LUBOVA. —Yo, en verdad, no comprendo...

LOPAKHIN. —De cada datchi se sacaría por año y por deciatina... Como hagan desde ahora una buena publicidad, tendrá usted más arrendatarios de los que necesite; yo le aseguro que antes del año todas sus tierras estarán alquiladas. La situación topográfica es de primer orden. El río es profundo. Habrá que poner un poco de orden; demoler los edificios. He aquí, por ejemplo, esta casa, que ya no vale nada. Todo lo viejo, lo rancio, lo inútil, tendrá que desaparecer. Habrá que talar el jardín de los cerezos...

LUBOVA. —¿Talar el jardín de los cerezos? ¿Está usted loco? Permítame que le diga, querido amigo, que usted no entiende nada de este asunto. Nuestro jardín de los cerezos es lo más notable, sin disputa, que existe en toda la comarca.

LOPAKHIN. —¿Notable, este jardín? Lo único que tiene de

notable es su superficie. Por lo demás, sus árboles no dan fruto más que una vez cada dos años, y cuando las cerezas cuajan, para nada sirven, pues nadie las compra...

GAIEF. —Hasta en las enciclopedias este jardín está mencionado.

LOPAKHIN (mirando su reloj). —Si no hallan otra solución que más les convenga, el jardín de los cerezos será vendido en pública subasta el 22 de agosto, con toda la propiedad, sin que una pulgada de terreno se libre de la venta. ¡Decídase! No hay otra salida. Se lo juro. ¡No la hay!

FIRZ. —Hace unos cuarenta o cincuenta años, fabricábamos conservas de cerezas, mermeladas, confituras, y entonces...

GAIEF. —Cállate, Firz.

FIRZ. —Acuérdome que la cereza secada era expedida, por grandes cantidades, a Choscon y a Kharkof, lo que reportaba mucho dinero. En aquel tiempo, la cereza secada era blanda, agradable al gusto, jugosa, aromática... Conocíase el método para prepararla convenientemente.

LUBOVA. —¿Y qué se ha hecho de este método?

FIRZ. —Lo olvidaron...

PITSCHIK (a Lubova Andreievna). —Dígame... ¿Qué ocurre en París? ¿Han comido ustedes ranas?

LUBOVA. —No. He comido cocodrilos.

PITSCHIK. —¡Figúrese usted!...

LOPAKHIN. —Hasta el presente no había en el campo sino nobles y campesinos. Ahora comienzan a ser numerosos los datchnik. Todas las ciudades, incluso las pequeñas, están actualmente rodeadas de datchas. Puede preverse que el datchnik, de aquí a unos veinte años, habrá adquirido un

vasto desarrollo, y representa una fuerza social. Actualmente limitase a beber vasos de té en los verandah.

GAIEF. —¡Qué majadería!

(Entran Varia y Yascha.)

VARIA. —Mamá, se me había olvidado. Hay para ti dos telegramas. (Busca una llave en el manajo que cuelga de su cintura, y abre el armario.) Aquí están.

LUBOVA. —¡Ah! Son de París. (Abre los telegramas y los deposita sobre la mesa, sin leerlos.) Con París todo terminó.

GAIEF. —Oye, Lubova: ¿sabes cuántos años tiene este armario? Hace algunos días, abriendo un cajón inferior, noté que la fecha estaba marcada a fuego. Data ya de cien años. ¿Qué te parece, Lubova? Pudiéramos celebrar un jubileo... Es un objeto inanimado que significa algo... Un armario propio para contener libros...

PITSCHIK. —¡Figúrese usted! ¡Cien años!...

GAIEF. —Sí; es un objeto inanimado. ¡Oh, mi querido armario de edad venerable! Yo saludo tu existencia centenaria. (Lo palpa con cariño.) Yo saludo tu vejez robusta. Tú has sido útil a mis ascendientes, y tú nos vives como en tu primera juventud. Tú eres un amigo.

LOPAKHIN. —Sí...

LUBOVA (a Gaief). —Idealista, sentimental; eres siempre el mismo.

LOPAKHIN (mirando su reloj). —Debo irme...

YASCHA (ofreciendo una píldora a Lubova Andreievna). —¿Tomará usted en seguida sus píldoras?

PITSCHIK. —No hay que tomar medicamentos, mi querida amiga... No hacen ni daño ni provecho... ¡Vengan esas

píldoras!... (Se apodera de ellas, las estruja entre sus manos, reduciéndolas a polvo, que absorbe, con acompañamiento de un trago de agua.)... ¡Así!

LUBOVA (con espanto). —¿Ha perdido usted el juicio?

PITSCHIK. —¡Me lo he tragado todo, todo!

LOPAKHIN. —¡Qué bruto!

(Todos ríen.)

FIRZ (hablando de Pitschik en tercera persona). —Estuvo por Pascuas en casa; se comió medio cubo de pepinos... (No puede continuar; balbucea frases incoherentes.)

LUBOVA. —¿Qué le ocurre?

VARIA. —Desde hace tres años se encuentra así. Balbucea. Ya nos hemos acostumbrado.

YASCHA. —Efecto de la edad.

(Entra Carlota Yvanovna, vestida de blanco, esbelta, fina de talle.)

LOPAKHIN. —Dispéñeme, Carlota Yvanovna. No tuve aún tiempo de darle los buenos días. (Acércase a Carlota Yvanovna para besar su mano.)

CARLOTA (retirando su mano). —Si le permito besar la mano, querrá besar el codo, y luego el hombro...

LOPAKHIN. —Hoy no tengo suerte.

CARLOTA. —Me voy a descansar.

LOPAKHIN. —Dentro de tres semanas nos veremos. (Besa la mano de Lubova Andreievna.) Entretanto, adiós. (A Gaief.) Es tiempo de marchar. Hasta la vista. (Bésanse en la mejilla él y Pitschik.) Hasta más ver. (Tiende la mano a Varia, a Firz y a

Yascha.) La verdad es que no tengo ganas de abandonarlos. (A Lubova Andreievna.) Si se decide respecto a los terrenos para datchas, entéreme. Yo podré procurarle un préstamo de cincuenta mil rublos. Piense en ello seriamente.

VARIA (descontenta). —¿Cuándo acabará usted de irse?

LOPAKHIN. —Me voy, me voy... (Vase.)

GAIEF. —¡Qué animal!... ¡Ah!... Mis excusas... Varia se va a casar con él.

VARIA. —No hables de eso, mi querido tío.

LUBOVA. —¿Por qué no, Varia? Yo me alegraría de que eso se realizara. Es una excelente persona.

PITSCHIK. —Hay que convenir en que es un hombre muy honorable... Mi pequeña Daschinka lo dice así; y añade que... añade bastantes cosas. (Cierra los ojos, pega un ronquido y despierta de nuevo.) En todo caso (a Lubova), amiga mía, préstame doscientos cuarenta rublos. Mañana he de pagar las contribuciones.

VARIA (asustada). —No, no.

LUBOVA. —Verdaderamente, yo no dispongo de esa suma.

PITSCHIK (riendo). —Sí, dispone usted de ella. Yo no pierdo jamás la esperanza. Vea. Yo me imaginaba que todo estaba perdido. Pero, de repente, se construyó la vía férrea que atraviesa mis tierras, y se me indemnizó. Y de este modo, muy bien puede suceder que mañana se presente alguna otra ganga. Quizá Daschinka gane doscientos mil rublos... Ha comprado un billete.

LUBOVA. —Bebamos el café, y vámonos a descansar.

FIRZ (a Gaief). —Lleva usted ahora otro pantalón, que no casa con la chaqueta. ¿Qué tendré yo que hacer para que

ande usted correcto?

VARIA (dulcemente). —Ania duerme.(Abre con precaución la ventana.) El sol sube. No hace frío. Vea, mamá, qué hermosos árboles. ¡Dios mío! ¡Qué puro es el aire! Los mirlos cantan...

GAIEF (abre otra ventana). —El jardín está enteramente blanco. Observa, Lubova: esta larga avenida se prolonga directamente como una correa. Brilla en las noches de luna. Siempre fue así. ¿Te acuerdas? Tú no olvidaste los días que transcurrieron...

LUBOVA (mirando hacia la ventana). —¡Infancia mía! ¡Virginidad! En este aposento dormí yo. En el jardín paseé mis ensueños juveniles. ¿Cómo olvidarlo?

GAIEF. —El jardín, que va a ser vendido por causa de nuestras deudas. ¡Qué cosa más rara!

LUBOVA. —¿Qué veo? Nuestra difunta madre camina por el jardín. Lleva un traje blanco como la nieve. ¡Se ríe! ¡Sí; es ella!

GAIEF. —¿Dónde?...

VARIA. —Mamá, ¿qué dice?

LUBOVA. —En efecto, no hay nadie. Fue una alucinación... A la derecha, junto al pabellón, hay un arbolito que se asemeja a una mujer inclinada.

(Entra Trofimof, vestido con uniforme de estudiante. Usa anteojos.)

LUBOVA (sin apartar la vista de la ventana). —El jardín es verdaderamente encantador. ¡Cuántas florecillas! ¡Y qué bien se destacan en el cielo azul!

TROFIMOF. —Lubova Andreievna... (Ésta vuelve la cabeza.) Vengo únicamente a saludarla, y me iré en seguida. (Besa la

mano a Lubova Andreievna.) Se me ordenó esperar hasta ya entrada la mañana; pero me faltó paciencia.

LUBOVA (observándole con sorpresa). —Usted es...

VARIA (emocionada). —Es Pietcha Trofimof.

TROFIMOF. —Pietcha Trofimof, el preceptor de su Grischa. ¿Tanto he cambiado? (Lubova le abraza y llora.)

GAIEF. —Basta, Lubova, basta.

VARIA (llorando). —Yo le dije a usted, Pietcha, que águardase hasta mañana.

LUBOVA. —Mi pobre Grischa, hijo mío... Grischa, mi adorado hijo...

VARIA. —¿Qué hacer, mamá? Es la voluntad de Dios.

TROFIMOF (con ternura). —La vida es así...

LUBOVA (sollozando). —¡Pobre hijo mío! ¡Ahogado! ¿Por qué?... Mas (Volviendo a la calma.) yo profiero exclamaciones y hablo a gritos, y Ania duerme. No hagamos ruido. Pero vamos a ver, Pietcha, ¿por qué ha cambiado usted tanto? ¡Y envejecido!

TROFIMOF. —En el vagón, una mujer me adjudicó los epítetos de «sarnoso», «arisco».

LUBOVA. —Cuando yo le conocí, era usted un niño. Un estudiantillo joven. Y ahora, lleva usted anteojos como un profesor, y la cabellera le clarea. ¿Es usted todavía estudiante, Trofimof? (Se dirige hacia la puerta.)

TROFIMOF. —Probablemente lo seré toda mi vida.

LUBOVA (besando a su hermano y luego a Varia). —Ea, vámonos a dormir... (A su hermano.) Tú también has envejecido.

PITSCHIK (siguiendo en pos de ella). —En fin, vámonos a dormir. ¡Oh, mi gota! Yo me quedaré hoy en esta casa. Lubova Andreievna, mi buena amiga, yo quisiera recibir mañana... doscientos cuarenta rublos.

GAIEF. —Lo que es eso, no lo deja de la mano.

PITSCHIK (lastimero). —Doscientos cuarenta rublos...; necesito pagar las contribuciones.

LUBOVA. —No tengo dinero, amigo.

PITSCHIK. —Pero yo se lo restituiré en seguida, mi buena amiga...; la suma es tan insignificante...

LUBOVA. —Bien, Leónidas se lo entregará a usted. Escuche, Leónidas, entréguele doscientos cuarenta rublos.

GAIEF. —Sí; puede contar con ellos. (Irónicamente.) ¡Que espere sentado!

LUBOVA. —¿Qué le vamos a hacer? Entregárselos; si los necesita con urgencia...; él los devolverá.

(Lubova Andreievna, Trofimof, Pitschik y Firz se van. Quedan en la estancia Gaief, Varia y Yascha.)

GAIEF. —Decididamente, mi hermana no ha perdido la costumbre de tirar el dinero. (A Yascha.) Apártate un poco, hueles a gallina.

YASCHA. —Leónidas Andreievitch, siempre será usted el mismo.

GAIEF (a Varia). —¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

VARIA (a Yascha). —Tu madre ha llegado del campo. Te espera desde anoche en el departamento de los criados, y quiere verte, Yascha.

YASCHA. —Me importa poco.

VARIA. —Tú eres un inconsciente.

YASCHA. —¿Quién le impide volver mañana? (Vase.)

VARIA. —Mamá no ha cambiado. ¡Siempre la misma! Si de ella dependiera, ya hubiera despilfarrado lo que le resta. Su manía es regalar, gastar, distribuir dinero sin ton ni son.

GAIEF. —Sí; en efecto... (Después de una pausa.) ¿A qué buscar remedios contra una enfermedad incurable? Yo me esfuerzo por comprender. Yo creo disponer de muchos medios, de muchos, lo cual equivale a decir que no dispongo de ninguno. Excelente medio sería el heredar. Heredar, ¿de quién? Yo no vislumbro ninguna herencia en perspectiva. Convendría también que Ania contrajese matrimonio con alguien muy rico. Muy útil nos será, tal vez, ir a Yaroslaf y probar suerte cerca de nuestra tía, la condesa. Nuestra tía es enormemente rica; es, además, de una bondad extraordinaria. Yo la quiero mucho. Será necesario que le hablemos, que se lo confesemos todo, aun apoyándonos en circunstancias atenuantes...

VARIA (a media voz). —Ania está en la puerta.

GAIEF. —¡Qué diablo! ¡Es sorprendente! Hay algo extraño dentro de mi ojo derecho... Empieza a dolerme...

(Ania entra.)

VARIA. —¿Por qué no duermes?

ANIA. —No puedo.

GAIEF. —¡Ay pequeña! (Besa las manos y la cara de Ania.) Hija mía (lloriquea), tú no eres mi sobrina; tú eres mi ángel, tú lo eres todo para mí. Créeme, tú eres lo que yo más quiero.

ANIA. —Lo creo; todo el mundo le estima a usted y le respeta. Pero en ciertas ocasiones convendría que no hablase usted tanto. ¿Qué ha dicho usted, hace poco, a propósito de mamá, de su hermana? ¿A qué venían esas palabras?

GAIEF. —Tienes razón, Ania. (Coge las manos de Ania y se cubre con ellas su propio rostro.) Es terrible; Dios mío, sálvame. Es verdad. Hablo más de lo debido. Mi discurso ante el viejo armario, ¡qué tonto! No me di cuenta de ello sino cuando lo terminé.

VARIA. —Verdaderamente, tío, debe usted echarse un nudo a la lengua. Cállese. Así está bien.

ANIA. —Si se callara usted, se encontraría mejor, mucho mejor.

GAIEF. —Ya me callo. (Besa las manos de ambas jóvenes.) Pero mirad..., acerca del asunto en cuestión... El jueves fui al tribunal; estábamos entre amigos, y nos pusimos a charlar. Paréceme que será posible efectuar un préstamo para el pago de las contribuciones.

VARIA. —¡Si Dios quisiera ayudarnos!

GAIEF. —El martes volveré allá. (A Varia.) No te apures. (A Ania.) Tu mamá hablará con Lopakhin; él no se negará si es ella quien le pide prestado. Cuando tú hayas descansado bien, te irás a Yaroslaf, a casa de tu abuela la condesa. Con seguridad, se podrán satisfacer los intereses. Y nuestra finca se habrá salvado. ¡Respiro! No permitiré nunca, ¡oh, nunca!, que nos la vendan en pública subasta.

ANIA (con calma). —Tú eres bueno. Tu bondad me tranquiliza.

FIRZ (entra súbitamente). —Leónidas Andreievitch, ¡váyase, váyase ya a dormir!

GAIEF. —En seguida... Firz, puedes retirarte. Vámonos a

dormir. (Besa a sus sobrinas.)

ANIA. —¿Y tú? ¿Todavía charlarás?

VARIA. —¡Callaos ya!

FIRZ (volviendo atrás). —Leónidas Andreievitch, yo me retiro.

GAIEF. —Y yo. (Vase, seguido por Firz.)

VARIA. —Parece que estoy algo más tranquila. (Varia se retira, llevándose consigo a Ania. A lo lejos óyese el caramillo de un pastor. Trofimof atraviesa la sala, y viendo a las dos jóvenes, se detiene. Varia y Ania parecen muy fatigadas. Varia, apoyando ligeramente su cabeza sobre el hombro de Ania, murmura, medio dormida:) Vamos..., vamos.

TROFIMOF (contemplando el grupo). —¡Sol mío! ¡Primavera mía!

Segunda parte

En el campo. Antigua capilla, ruinoso, abandonada, con paredes cubiertas de musgo. Cerca de la capilla, un pozo. Esparcidos por el suelo, restos de viejas tumbas. Un banco de madera roído por el tiempo. Camino que conduce a la finca de Lubova Andreievna. Bosque de tilos. A la izquierda comienza el jardín de los cerezos, en el ángulo del cual existe un pabellón o glorieta. En perspectiva, postes telegráficos, marcando una línea de ferrocarril. A lo lejos, a través de la neblina, el panorama de una pequeña ciudad, con sus cúpulas y campanarios. Se aproxima el ocaso. Carlota, Gaief y Duniascha están sentados en el banco. Junto a ellos, Epifotof tañe la guitarra, ejecutando un aire triste. Todos aparecen pensativos. Carlota está con equipo de caza, y la escopeta descansa entre sus rodillas.

CARLOTA. —Yo no tengo pasaporte, yo ignoro mi edad. Figúrome que soy todavía joven. En mis tiempos de infancia, mi padre y mi madre recorrían las ferias, dando representaciones; yo brincaba como un diablillo, y hasta daba saltos mortales. Así aprendí y practiqué el oficio de titiritera. A la muerte de mis padres, una señora alemana me tomó en su casa y me educó. Crecí. Me convertí en aya. Pero ¿qué soy yo en realidad? No lo sé. ¿Quiénes fueron mis padres? ¿Estaban casados? (Saca del bolsillo un pepino y lo come ávidamente.) Yo no sé nada, nada, de lo que fueron mis padres y de lo que yo soy. (Pausa.) Me devoran las ganas de hablar con alguien, y nadie tiene interés en escucharme.

EPIFOTOFO (cantando al son de la guitarra):

Yo me burlo de todo el mundo.

¡Qué me importan los amigos y los enemigos!

¡Qué cosa tan agradable expresar los propios sentimientos en música!

DUNIASCHA (empolvándose el rostro). —Canta, canta...

EPIFOTOF. —La vida es una eterna canción.

CARLOTA. —(tomando su escopeta). Tú, Epifotof, eres muy completo, muy sabio; pero me inspiras miedo. ¡Todos los sabios se me antojan tan imbéciles!

EPIFOTOF. —Carlota, piense usted de mí lo que quiera. Pero debo decirle que la suerte no me ha sido propicia. (Llegan Lubova Andreievna y Lopakhin.)

LOPAKHIN. —Ahora bien; urge decidirse. El tiempo vuela. La cuestión es bien sencilla. Déme usted su consentimiento, y yo me las arreglaré para realizar el negocio de las parcelas. ¿Sí, o no?

LUBOVA. —Malos augurios corren por acá.

GAIEF. —La línea férrea va a ser puesta en explotación. Ello constituirá una gran comodidad.

LOPAKHIN. —Una palabra, Lubova, una simple respuesta. ¿Sí, o no?

GAIEF (bostezando). —¿Responder? ¿A qué?

LUBOVA (examinando su portamonedas). —Ayer me quedaba aún bastante dinero. Hoy, muy poco. Mi pobre Varia, hay que economizar. Danos de comer a todos sopas de leche. Los criados se contentarán con un plato de guisantes. ¡Y decir que yo gasto mi dinero tontamente! (Deja caer el portamonedas, del cual salen, rodando por el suelo, algunas piezas de oro.) ¡Ea! Ya veis cómo ruedan.

YASCHA (que llega en este mismo momento). —Déjeme; voy

a recogerlas una por una. (Las recoge.)

LUBOVA. —Gracias, Yascha.

GAIEF. —¿De qué te ríes, Yascha?

YASCHA. —Yo no puedo escuchar la voz de usted sin reír.

LUBOVA (a Yascha). —¡Vete de ahí!

YASCHA (entregándole el portamonedas). —Me iré.

LOPAKHIN. —Derejanof, el ricachón, desea comprar vuestra propiedad; piensa tomar parte en la subasta.

LUBOVA. —¿Por dónde lo sabe usted?

LOPAKHIN. —Lo he oído decir en la ciudad.

GAIEF. —La tía de Yaroslaf prometió enviarnos fondos. Cuándo los enviará, Dios lo sabe.

LOPAKHIN. —¿Cuánto? Cien, doscientos, mil.

LUBOVA. —Diez o quince mil. Eso vendrá muy bien.

LOPAKHIN. —Excúseme por lo que voy a decir. Yo no he visto jamás personas más negligentes y ligeras que ustedes, personas tan nulas, tan negadas en lo que se refiere a los negocios. Se les advierte en ruso, de una manera explícita y clara, que su propiedad será puesta en venta, y ustedes como si tal cosa.

LUBOVA. —¿Qué debemos hacer? Dígalo.

LOPAKHIN. —Yo se lo estoy diciendo, en todos los tonos, todas las mañanas, todos los días, y ustedes aparentan no entender mi lenguaje. Su jardín de los cerezos y toda su finca deben ser transformados en terreno de datchas. Esto debe ser realizado sin tardanza, con la mayor prontitud posible. El día de la subasta se aproxima. ¿Comprende? Si se

decide a arrendar la tierra para las datchas, podrá salvarse. Yo no sé ya cómo repetirlo; métase bien en la cabeza la idea de que no hay otro medio de salvación.

LUBOVA. —Siempre las datchas y los datchnik. ¡Qué vulgaridad!

GAIEF. —Soy enteramente de tu opinión.

LOPAKHIN. —Voy a llorar, a gritar, a desmayarme. Me atormentáis demasiado. Me voy, me voy lejos de aquí...

LUBOVA (deteniéndole). —No se vaya usted. Acaso haya modo de arreglar algo.

LOPAKHIN. —¿Se le ha ocurrido alguna idea?

LUBOVA. —Se lo suplico, no se aleje... Su presencia nos consuela. He gastado más de lo que debía. Mi marido murió, y quedé tan joven y tan sola... Cometí una grave falta casándome por segunda vez... En ese río se ahogó mi único hijo, mi pobre Grischa. Loca de dolor me fui al extranjero para no volver a ver más ese río fatal. Entonces cerré los ojos a la realidad y huí en busca de nuevos horizontes, y mi segundo marido me siguió; era un ser grosero, que me trataba sin piedad. Compré la «villa» cerca de Menton porque él había caído enfermo y necesitaba un clima templado, y por espacio de tres años no tuve reposo, ni de día ni de noche. Este año último, la villa fue vendida por reclamación de mis acreedores. Me instalé en París. Mi segundo marido, el infame, robóme lo que pudo, y me abandonó, para irse con otra. Traté de envenenarme... Luego me asaltó el ansia de regresar a mi país. ¡Dios misericordioso, no me castigues más! (Saca de su bolsillo un telegrama.) He aquí que el miserable me suplica que vuelva cerca de él y que le perdone. (Rompe el telegrama.)

(A lo lejos, óyese una música.)

GAIEF. —Es nuestra célebre orquesta judía: cuatro violines y

un contrabajo.

LUBOVA. —Habría que invitarlos para una pequeña fiesta.

LOPAKHIN. —La historia de usted me interesa; siga su relato.

LUBOVA (a Lopakhin). —Y usted, ¿por qué no se ha casado? Ahí está nuestra Varia, buena muchacha, excelente por todos conceptos.

LOPAKHIN. —Sí.

LUBOVA. —Laboriosa, sencilla, y que, además, siente por usted cierto cariño.

LOPAKHIN. —No digo que no; Varia es una buenísima muchacha.

GAIEF. —Se me propone un empleo en un banco; sesenta mil rublos por año.

LUBOVA. —No digas majaderías.

FIRZ (con el abrigo de Gaief). —Tenga la bondad de ponerse el abrigo. Temo que se resfríe.

GAIEF. —¡Me aburres, hombre!

FIRZ. —No importa.

LUBOVA. —Firz, ¡cómo has envejecido!

FIRZ. —¿Qué desea la señora?

LOPAKHIN. —La señora dice que tú has envejecido.

FIRZ. —En efecto, mi vida es ya larga. Nuestro padre no había nacido aún cuando ya me querían casar. (Ríe.) Entonces nos emanciparon de la servidumbre. Yo era el jefe de camareros, y no quise aprovecharme de mi libertad. Me quedé como estaba, ni más ni menos; seguí sirviendo

fielmente a mi amo... (Pausa.) Me acuerdo muy bien. Todos mis camaradas rebosaban de gozo; todos estaban contentísimos. ¿De qué? Ellos mismos no lo sabían.

LOPAKHIN. —¡Oh! Antes se estaba mucho mejor. Había latigazos... ¡Qué delicia!

FIRZ (que no había entendido bien las anteriores frases). —Sin duda; los mujiks andaban entonces con los propietarios, y los propietarios con los mujiks; mientras que ahora cada cual anda por su lado.

GAIEF. —¡Cállate ya! (A Lopakhin.) Mañana intentaré en la ciudad pedir fondos prestados.

LOPAKHIN. —Sépallo usted de antemano. Fracasaré usted. No se podrá pagar la contribución. Es inútil forjarse ilusiones.

(Llegan Trofimof, Ania y Varia.)

LUBOVA. —Siéntense ustedes.

LOPAKHIN. —Nuestro estudiante perpetuo está siempre con las jóvenes.

TROFIMOF. —Cosa es ésta que no te atañe.

LOPAKHIN. —Pronto tendrá cincuenta años, y todavía estudia.

TROFIMOF. —Tú, en cambio, eres una plaga social.

LOPAKHIN. —Yo trabajo desde por la mañana hasta la noche. Levántome de la cama a las seis, y antes, si es preciso. Nunca me falta dinero: el mío o el de los demás. Alrededor de mí observo a los hombres y veo cómo se desenvuelven. Es preciso trabajar. Trabajando, compréndese cuán reducido es el número de las personas honradas. A veces, cuando no puedo conciliar el sueño, me pongo a pensar: «Dios mío, tú nos has deparado los grandes bosques, los inmensos campos, los horizontes profundos; y, en nuestra calidad de habitantes

de esta tierra enorme y prodigiosa, nosotros debiéramos ser gigantes...»

GAIEF. —Déjanos en paz con tus gigantes. Los gigantes no caben sino en los cuentos de hadas. (Epifotof pasa tocando una melodía melancólica. Todos escuchan. Larga pausa.)

LUBOVA. —Epifotof viene...

ANIA (pensativa). —Epifotof viene...

GAIEF. —El sol se pone.

TROFIMOF. —Sí.

GAIEF (a media voz, y como declamando). —¡Oh, Naturaleza! Tú brillas con tu eterno esplendor.

VARIA (suplicante). —¡Tío!

ANIA. —¿Otra vez? ¡Tío, tío!...

(Tranquilidad, silencio. Malestar latente. Firz balbucea confusamente no se sabe qué. Ruido misterioso en el aire; como el son de una cuerda que se rompe.)

LUBOVA. —¿Qué es eso?

LOPAKHIN. —No sé.

LUBOVA (con sobresalto). —Es desagradable.

FIRZ. —La víspera de la desgracia, ya saben cuándo digo, la víspera de la liberación de los mujiks, se produjo el mismo fenómeno. Hubo más: el búho gritó; el samovar hirvió con un ruido extraño.

GAIEF (murmurando). —Yo escuché algo parecido cuando el pobre Grischa... (Pausa.)

LUBOVA (muy impresionada). —Vámonos, amigos míos; es

tarde. (A Ania.) Lágrimas corren por tus mejillas. ¿Qué tienes, niña?

ANIA. —Nada, mamá.

TROFIMOF. —Alguien viene. (Pasa un transeúnte, con una gorra vieja, un vestido mugriento; camina como si estuviera borracho.)

EL TRANSEÚNTE. —¿Pueden decirme si por este camino voy derecho a la estación?

GAIEF. —Sí; siga por ahí.

EL TRANSEÚNTE. —Gracias mil. (Tosiendo.) El tiempo es magnífico. (A Varia.) Señorita, préstele usted a un hambriento treinta kopeks. (Varia, asustada, profiere un grito.)

LOPAKHIN. —¡Qué molestia! La impertinencia tiene también sus límites.

LUBOVA (sacando una pieza de su portamonedas.) —¡Tome! No tengo ninguna moneda de plata. Ahí va una de oro.

EL TRANSEÚNTE. —Muchas gracias. (Vase.)

VARIA. —No puedo más. ¡Qué locura! En casa, las gentes de servicio no tienen qué comer, y usted da, tan fácilmente, diez rublos en oro.

LUBOVA. —¿Qué le voy a hacer? Soy tonta. En casa, te entregaré todo lo que tengo. Yermolai Alexievitch, présteme aún...

LOPAKHIN. —Bien.

LUBOVA. —Es hora de que nos vayamos. ¿Sabes, Varia? Hemos arreglado ya tu matrimonio. Mi enhorabuena.

VARIA. —Con estas cosas, mamá, no se bromea.

LOPAKHIN. —Le advierto una vez más que el día veintidós de agosto vuestro jardín de los cerezos será sacado a subasta.

(Todos se van, excepto Ania y Trofimof.)

ANIA. —Gracias a ese desconocido, que asustó a Varia, nos hemos quedado solos.

TROFIMOF. —Varia teme que nos amemos. No la deja a usted sola ni un minuto. Su espíritu estrecho no le permite comprender la elevación de nuestro amor.

(Ania le mira con ternura.)

ANIA. —Hoy se está bien aquí.

TROFIMOF. —El tiempo es hermoso.

ANIA. —¿Qué ha hecho usted de mí, Pietcha? ¿Por qué no admiro ya tanto como antes ese jardín de los cerezos? ¿Por qué ese jardín no me inspira la misma afición que me inspiraba antes de ahora? Yo lo amaba tiernamente. Parecíame que, en la tierra, no existía paraje más bello.

TROFIMOF. —Toda Rusia es actualmente su jardín. La tierra es vasta y magnífica. Los bellos lugares abundan en todas partes. (Pausa.) Reflexione bien, querida mía. Su padre, su abuelo y su bisabuelo eran señores que poseían, en plena propiedad, almas humanas. ¿No ve cómo de cada cereza, de cada hoja y de cada árbol se desprenden seres humanos que la contemplan? ¿No escucha sus voces?... Oh, es terrible. Vuestro jardín de cerezos me llena de pavor. De noche, cuando uno pasa por ese jardín, la vetusta corteza de los árboles brilla con una luz opaca. Diríase que los cerezos viven, en el sueño, lo que acontecía doscientos años ha. Una trágica pesadilla los abrumba. Nosotros debemos expiar nuestro pasado. Debemos acabar con él. Los tormentos se nos imponen. Fíjese bien en lo que digo.

ANIA. —La casa que habitamos no nos pertenece ya, en

realidad, desde hace mucho tiempo.

TROFIMOF. —Tire usted muy lejos las llaves domésticas. ¡Salga de aquí! ¡Sea libre como el viento!

ANIA. —¡Qué bien habla!

TROFIMOF. —Créame, Ania, créame. Todavía no he cumplido treinta años; pero ya he sufrido mucho. A la entrada del invierno, tengo hambre, tengo frío, estoy enfermo, nervioso, soy pobre como un mendigo. El Destino me arrastró de un lado para otro. Y por doquiera, y siempre, mi alma fue invadida por los presentimientos. Yo presiento la felicidad, Ania, yo la veo de cerca.

ANIA. —La luna asoma. (A lo lejos resuena la canción melancólica de Epifotof. La luna surge en el horizonte.)

VARIA (desde el bosque de los tilos). —¡Ania! ¿Dónde estás?

TROFIMOF. —Mire la luna. (Pausa.) La dicha se acerca. Oigo sus pasos. Sí; es la dicha, por fin.

VARIA (de entre los árboles). —¡Ania! ¿Dónde estás?

TROFIMOF (con enfado). ¡Al diablo, Varia! ¡Qué fastidio!

ANIA. —¿Qué hacer? Encaminémonos hacia el río.

TROFIMOF. —Tiene razón, vámonos de aquí. (Ambos se levantan del banco y, en dirección opuesta al lado de donde parten las voces, aléjanse muy lentamente.)

VARIA (desde la arboleda). —¡Ania! ¡Ania!...

Tercera parte

Saloncito separado por una arcada de otro salón grande. Óyese una orquesta de algunos violines y un contrabajo, desafinada: es la orquesta judía de la localidad. Hay baile en el salón grande. Vienen los bailarines en círculo. La voz de Simenof Pitschik grita, en francés: «Promenade á dame!» Pitschik dirige la danza. Desfilan, por parejas, Pitschik y Carlota, Trofimof y Lubova Andreievna, Ania y un empleado de Correos, Varia y el jefe de estación. Varia tiene los ojos llorosos. En último término pasan Duniascha y otras parejas insignificantes. Pitschik vocea: «Grand rond...!» «Balancez...!» «Les cavaliers, à genoux remercient leurs dames!» Firz, de frac, trae en una bandeja agua de Seltz y vasos. Pitschik y Trofimof penetran solos en el gabinete.

PITSCHIK. —Bailo con mucho trabajo. Estoy apoplético. A pesar de eso, tengo una salud de caballo. Mi difunto padre, hablando de nuestros predecesores, aseguraba que la familia Simenof Pitschik procedía del caballo que Calígula hizo sentar en el Senado. (Siéntase.) Pero aquí está lo malo. Me falta dinero. Un perro hambriento no piensa sino en su trozo de carne. (Pitschik, de repente, se duerme, lanza un ronquido y se despierta.) Y yo, hambriento a mi modo, no pienso sino en el dinero. ¿Qué hacer? Esto de no tener dinero es una gran desgracia.

TROFIMOF (observando su fisonomía). —Realmente, hay en el rostro de usted algo de caballar.

PITSCHIK. —Siquiera el caballo es un animal vendible, que se puede convertir en dinero.

(En una sala vecina, ruido de bolas de billar. Varia aparece

bajo la arcada.)

TROFIMOF. —Señora Lopakhin... Señora Lopakhin...

VARIA (con muestras de agrado). —Señor tiñoso...

TROFIMOF. —Me enorgullezco de ello.

VARIA (después de una pausa). —Ahí están los músicos, que vienen a pedir su salario. ¿Pero cómo se les pagará?

TROFIMOF (a Pitschik). —Si en lugar de gastar su energía buscando fondos la emplease usted en cualquier otra cosa, hubiera ya, probablemente, solucionado, el Universo.

PITSCHIK. —Se expresa usted como Nietzsche. Tiene usted, en verdad, mucho talento.

TROFIMOF. —¿Ha leído usted a Nietzsche? ¿Por dónde se ha enterado de Nietzsche?

PITSCHIK. —Daschinka me habla de él de vez en cuando... Créalo, tan apurado me hallo de dinero, que me siento capaz de fabricar billetes de Banco... Pasado mañana debo pagar trescientos diez rublos. He podido hallar ciento treinta. ¿Cómo procurarme el resto? (Explorando sus bolsillos, con angustia.) El dinero se evaporó. Lo perdí. ¡Vive Dios! ¿Dónde están mis ciento treinta rublos?... ¡Ah! (Triunfante.) Helos aquí en el forro. ¡Qué susto me llevé!

(Entran Lubova Andreievna y Carlota.)

LUBOVA (cantando, a media voz, la «lezguimka» —¿Qué ocurre con Leónidas? (A Duniascha, que anda por allí.) Ofrece té a los músicos.

TROFIMOF. —La subasta, según parece, no se efectuará.

LUBOVA. —En mal hora vinieron los músicos. Y la idea de bailar, en estas circunstancias, fue una idea absurda... Pero no importa... (Siéntase, y vuelve a cantar a media voz...) ¿Qué se

ha hecho de Leónidas? Todo ha terminado. La finca será vendida. La subasta, ¿no se ha verificado todavía? ¿A qué ocultarme?

VARIA (tratando de consolarla). —El tío fue quien se quedó con la propiedad. Estoy segura de ello.

TROFIMOF (riendo). —¡Muy bien!

VARIA. —La abuela envió, probablemente, a nuestro tío los fondos necesarios para rescatar la tierra a nombre de Ania. Con la ayuda de Dios, todo se arreglará a nuestra satisfacción.

LUBOVA. —La abuela de Yaroslaf debió enviar quince mil rublos para comprar la propiedad a nombre suyo. Ella no tiene confianza en nosotros. Pero con esta suma no habrá ni para pagar las contribuciones. (Cúbrese el rostro con las manos.) Hoy va a decidirse mi suerte.

TROFIMOF (a Varia, cínicamente). —¡Señora Lopakhin!...

VARIA (fastidiada). —¡Estudiante perpetuo!

LUBOVA. —¿Por qué te enfadas? Él te da broma con Lopakhin. ¿No te halagaría llamarte la señora Lopakhin? Es un buen partido... Si tú no le quieres, nadie te manda que lo tomes.

VARIA. —Este asunto es serio. Lopakhin me gusta. Es una excelente persona. Yo le amo...

LUBOVA. —¡Cásate con él! ¿Qué esperas?

VARIA. —Yo no puedo, sin embargo, tomar la iniciativa; él no me dice, no me insinúa nada. Es un hombre que trabaja, que se enriquece. Sus negocios le absorben. No piensa en mí... ¡Dios mío! Si yo dispusiera siquiera de un centenar de rublos, lo abandonaría todo y me encerraría en un convento.

TROFIMOF. —¡Magnífico!

LUBOVA. —¿Por qué tarda tanto Leónidas? Estoy inquieta. ¿Han vendido mis bienes o no?

TROFIMOF. —Vendidos o no, resulta lo mismo. Mire bien, por una vez, las cosas cara a cara.

LUBOVA. —Usted juzga la cuestión desde un punto de vista que no puede ser el mío. Yo nací en esta casa. Mi padre y mi madre residieron aquí y mis antepasados lo propio. Yo adoro esta vivienda y ese jardín de los cerezos. Yo no concibo mi existencia sin ese jardín. Si hay que venderlo, que me vendan a mí con el jardín. (Toma entre sus manos la cabeza de Trofimof y le besa la frente.) Mi hijo Grischa corrió frecuentemente entre esos cerezos. Me parece que le estoy viendo. Grischa se ahogó en estas cercanías. (Llorando.) Tenga compasión de mí...

TROFIMOF. —Harto sabe usted, Lubova Andreievna, que yo comparto sus infortunios.

LUBOVA. —Sí, en efecto; pero convendría que los compartiese de otro modo. (Saca su pañuelo del bolsillo; un telegrama cae al suelo...) Yo quisiera concederle la mano de Ania; pero usted no se ocupa de nada, no hace nada. Camina de una Universidad a otra. Pierde el tiempo lamentablemente. Divaga sin rumbo fijo. Yo no sé qué pensar de usted. Es usted un tipo singular.

TROFIMOF (después de recoger el telegrama). —Yo no tengo empeño en ser una perfección.

LUBOVA (estrujando el telegrama). —Otro despacho de París. Cada día uno nuevo... Yo le quiero, le quiero... Un gran peso llevo sobre mis hombros. Este peso me aplasta. No sé vivir sin él. (Estrecha la mano de Trofimof.)

TROFIMOF (con ternura). —Excuse mi franqueza. Él la robó, por él ha sido usted despojada de parte de su fortuna.

LUBOVA. —No, no. (Se tapa los oídos.) No diga usted eso.

TROFIMOF. —Es un tunante. Usted es la única que no se da cuenta de ello. Cierra los ojos a la evidencia.

LUBOVA (molesta, conteniéndose). —A la edad de usted, veintiséis o veintisiete años, se expresa como un alumno de segunda enseñanza.

TROFIMOF. —Tanto peor.

LUBOVA. —A su edad debiera ser ya un hombre; comprender la vida. Carece usted de pureza de alma. Siempre estará en ridículo.

TROFIMOF (aterrado).—¿Qué es lo que dice?

LUBOVA. —Yo me siento más alta que el amor... Usted no está, no, por encima del amor. Como dice Firz, es usted un ser acabado. ¡A su edad, y no tener siquiera una amante!...

TROFIMOF. —Lo que dice es horrible. (Desaparece por el gran salón, la cabeza entre las manos. Lubova permanece silenciosa. Trofimof, al cabo de un rato, vuelve.) Entre nosotros, Lubova Andreievna, todo ha terminado. (Vase.)

LUBOVA (riendo). —Pietcha, aguarde. Es usted tonto. Quise bromear. (Ruido de alguien que baja rápidamente por las escaleras. Ania y Varia, en las estancias interiores, ríen a carcajadas.) ¿Qué sucede?

(Ania entra a la carrera, riendo.)

ANIA. —Pietcha rueda por las escaleras. (Huye.)

(Resuenan las notas de un vals. Ania y Pietcha pasan por el fondo del salón.)

LUBOVA. —Pietcha, perdóneme. Venga a bailar conmigo.

(Ania y Varia bailan, juntas. Pietcha baila con Lubova

Andreievna. Entra Firz, quien coloca su bastón en un ángulo de la pieza. Yascha le sigue. Ambos contemplan el baile.)

YASCHA. —¿Qué tal, viejo Firz?

FIRZ. —No me siento bien... Antaño había almirantes y generales que tomaban parte en el baile. Hoy se ha invitado al jefe de estación y al empleado de Correos; y ni aun esos vienen con gran apresuramiento... Estoy muy débil. No sé ya qué medicina tomar. El difunto amo, abuelo de la señora, trataba todas las enfermedades por el lacre. Ésta era toda su farmacopea. Yo lo tomo desde hace veinte años, y, acaso por este motivo, me hallo todavía vivo.

YASCHA. —¿Qué aburrido eres, Firz? Puedes reventar cuando quieras.

FIRZ. —¿Y tú?... (Balbucea algunas frases.)

(Trofimof y Ania entran, bailando, en el gabinete.)

LUBOVA. —Gracias..., voy a sentarme. Estoy algo cansada.

(Ania, que había vuelto a salir, bailando con Trofimof, torna, presa de gran turbación.)

ANIA. —Un hombre acaba de decir en la cocina que el jardín de los cerezos ha sido vendido.

LUBOVA. —Vendido, ¿a quién?

ANIA. —No dijo a quién. Dio la noticia y partió.

(Ania reanuda la danza con Trofimof y ambos desaparecen de la sala.)

YASCHA. —Es un desconocido, un anciano el que charló en la cocina.

FIRZ. —¡Y Leónidas Andreievitch, que todavía no está de vuelta! Se fue llevando gabán de entretiem po. Temo que se

resfríe.

LUBOVA. —Me consumo. Ardo en ansias por saber noticias. Yascha, vaya inmediatamente a informarse si es verdad que han vendido el jardín de los cerezos.

YASCHA (riendo). —El viejo que trajo la noticia partió hace tiempo.

LUBOVA (confusa). —¿De qué se ríe? Explique la razón de su júbilo. (A Firz.) Oye, Firz; y si venden la finca, ¿dónde irás tú?

FIRZ. —Iré donde usted me mande.

LUBOVA. —¿Qué significa esa cara? ¿No te encuentras bien? Mejor harías yendo a descansar un rato.

FIRZ (sonriendo). —Sí; me iré a dormir. Pero cuando yo duerma, ¿quién me reemplazará en mis quehaceres? Hay que tener en cuenta que estoy solo en la casa.

YASCHA. —Lubova Andreievna, permítame que le dirija un ruego. Cuando regrese a París, haga por que yo la acompañe. Aquí me aburro.

(Pitschik entra.)

PITSCHIK (a Lubova Andreievna). —Concédame usted un valsecito. (Lubova Andreievna sale del brazo con él.) Mi querida amiga, necesito todavía ciento ochenta rublos. ¿Puedo contar con ellos? (Ambos se alejan bailando. Óyense voces en la gran sala. Llega Lopakhin. Pitschik le besa y le dice:) Tú hueles a coñac. Nosotros, ya lo ves, nos divertimos.

(Entra Lubova Andreievna.)

LUBOVA. —¿Es usted, Yermolai Alexievitch? ¿Cómo ha tardado tanto? ¿Dónde está Leónidas?

LOPAKHIN. —Leónidas Andreievitch ha llegado antes que yo.

GAIEF (entrando). —Me encuentro terriblemente fatigado, Firz; voy a cambiar de traje. (Firz le sigue.)

PITSCHIK (a Lopakhin). —Hable, hable.

LUBOVA. —¿Y el jardín de los cerezos? ¿Lo han vendido?

LOPAKHIN. —Sí.

LUBOVA (ansiosamente). —¿Quién lo ha comprado?

LOPAKHIN. —Yo.

(Pausa prolongada.)

LUBOVA (desfallecida, tiene que apoyarse en una mesa para no caer). —¡Vendido!...

VARIA (desprende el manojó de llaves de su cintura y lo arroja al suelo. Parte en silencio).

LOPAKHIN. —Yo lo compré. Atención, señores. Háganme el favor... Mi cabeza vacila. (Ríe.) Yo llegué a la subasta. Derejanof se me había anticipado. Leónidas Andreievitch no poseía más que quince mil rublos..., los de la tía de Yaroslaf. Derejanof ofreció, además del importe de las deudas, treinta mil. Yo, excluidas las deudas, pujé hasta noventa mil; y el jardín de los cerezos me fue adjudicado, con el resto. El jardín de los cerezos es mío. (Da saltos de alegría.) ¡Si mi padre y mi abuelo, desde el fondo de sus tumbas, pudieran asistir a este acontecimiento! ¡El pequeño Yermolai, que ellos dejaron en el mundo sin saber apenas leer y escribir, aquel mozalbete que durante el invierno caminaba descalzo, ha comprado esta vasta propiedad! Mi padre y mi abuelo eran siervos. ¿No parece esto un sueño? (Recoge del suelo las llaves, contemplándolas con amor.) Ha tirado las llaves. Ha reconocido, por este gesto, que la propiedad ya no les pertenece. El amo soy yo. (Hace sonar las llaves.) ¿Qué se me da de lo que puedan ellos pensar? (La orquesta afina sus instrumentos.) ¡Vengan acá; quiero oírles! ¡Mañana se oirá

otra música: la del hacha de Yermolai Lopakhin cortando los cerezos, en cuyo ex jardín se elevarán las datchas. Una vida nueva renacerá en estos parajes. (La música suena. Lubova, sentada en una silla, llora amargamente.) ¿Por qué no ha escuchado usted mis consejos? Ahora ya es tarde.

PITSCHIK (estrechándole en sus brazos y besándole). —Lubova Andreievna llora. Dejémosla sola. Vámonos.

Lopakhin. —¿Qué es eso? Músicos, tocad fuerte. Que se os oiga. Yo quiero que todo se efectúe con arreglo a mis instrucciones... (Con arrogancia.) Aquí está nuevo propietario del jardín de los cerezos. (Yendo un lado para otro, henchido de satisfacción, tropieza con un velador y derriba un candelabro.) ¡No es nada! Lo pagaré. Yo puedo pagar cuantos desperfectos se originen por mi causa. (Vase con Pitschik.)

(En el salón no queda sino Lubova Andreievna, sentada y llorando. La orquesta toca a la sordina. Ania entra y se arrodilla ante su madre.)

ANIA. —Mamá, no llores..., yo te quiero. Yo te bendigo... El jardín de los cerezos ya no es nuestro. Para nosotros, este jardín no existe ya. ¡No importa! No llores más. Miremos al porvenir. Ven conmigo. Cultivaremos un nuevo jardín de los cerezos, que será mucho más hermoso que el otro. Una nueva felicidad descenderá sobre tu alma. Vámonos, mi querida mamá, vámonos.

Cuarta parte

La llamada «habitación de los niños», pero sin cortinas, sin cuadros en las paredes. Algunos muebles apilados en un ángulo. Junto a la puerta de salida, grandes maletas. Las puertas y ventanas están abiertas. Del interior llegan las voces de Varia y de Ania. En medio de la estancia, Lopakhin, de pie, en actitud expectante. Yascha entra una bandeja con copas de champaña. Epifotof, en la antecámara, ocúpase en clavar un cajón. Un grupo de mujiks llega para decir adiós a sus antiguos amos. Oyese la voz de Gaief que dice: «Gracias, amigos míos». Yascha hace los honores a los que vienen a despedirse. El ruido cesa; gradualmente, Lubova Andreievna y Gaief aparecen. Lubova está pálida, pero no llora. Su voz tiembla.

GAIEF. —¿Y le has dado todo lo que tenías en el portamonedas?

LUBOVA. —No podía hacer menos. (Parten.)

LOPAKHIN (gritando desde la puerta). —Oigan, yo les invito. Vengan a beber una copa de champaña, en señal de adiós. (Pausa.) ¿No quieren aceptar mi invitación?... Si lo hubiera sabido, no lo habría comprado. Está bien; yo no lo beberé tampoco. (Yascha coloca con precaución la bandeja sobre una silla.) Yascha, en tal caso, bébetelo tú.

YASCHA. —¡Buen viaje! ¡Mi enhorabuena a los que se quedan aquí! (Apura una copa.) Yo le aseguro que este champaña no es natural. Sin embargo, lo pagué a ocho rublos la botella.

LOPAKHIN. —Hace un frío de todos los diablos en este aposento.

YASCHA. —Hoy no se han encendido las estufas. Lo mismo da, puesto que nos vamos. (Ríe.)

LOPAKHIN. —¿Por qué te ríes?

YASCHA. —Porque estoy muy contento.

LOPAKHIN. —Para lo avanzado de la estación, el tiempo es excelente. ¿Quién diría que este cielo es el del mes de octubre? (Mira su reloj; dirigiéndose hacia la puerta, grita:) ¡Ea, señores, acordaos de que no nos restan sino cuarenta y cinco minutos hasta la salida del tren!

TROFIMOF (abrigado en su gabán). —Paréceme, en efecto, que es tiempo de partir... ¿Y mis chanclos? Mis chanclos han desaparecido, Ania. ¿Qué se ha hecho de mis chanclos de goma?

LOPAKHIN. —Voy a pasar el invierno en Kharkof. Tomaré el mismo tren que ustedes. No sé qué hacer de mis manos. Me cuelgan de los brazos como si pertenecieran a otro individuo.

TROFIMOF. —Nosotros partiremos, y tú podrás empezar de nuevo a trabajar.

LOPAKHIN. —¡Ea, bebe!

TROFIMOF. —No quiero.

LOPAKHIN. —Así, pues, ¿no partes para Moscú?

TROFIMOF. —Los acompañaré hasta la ciudad, y mañana saldré para Moscú. (Trofimof sigue buscando sus chanclos.) Probablemente, no nos volveremos a ver más. Permite que te dé un consejo antes de separarnos. No gesticules. Abandona esa detestable costumbre. Oye lo que te voy a decir: construir una datcha, imaginar que de un datchnik puede salir un pequeño propietario, es tan inútil como gesticular. Pero sea como quiera, tú me eres simpático. (Se abrazan.)

LOPAKHIN. —Y tú a mí también me eres simpático. Ya lo sabes. Yo haré cuanto pueda por ti. Me tienes a tu disposición. No soy tan malo como algunos suponen. (Lopakhin saca su portamonedas y hace ademán de entregarle dinero.)

TROFIMOF. —¿A qué viene esto? Yo no necesito dinero.

LOPAKHIN. —Pero tu bolsillo está vacío.

TROFIMOF. —De ningún modo. Dinero no me falta. Me pagan bien mis traducciones. (Con énfasis.) No, yo no carezco de medios de subsistencia... ¿Dónde están mis chanclos?

VARIA (desde el interior, a gritos). —¡Aquí está esa antigualla! (Le lanza, en medio de la habitación, un par de chanclos viejos.)

TROFIMOF. —¡Pero si esos chanclos no son los míos!

LOPAKHIN. —En la primavera planté mil deciatinas de peonías y gané en ello cuarenta mil rublos. ¡Qué hermoso era ver los campos en flor! Sobre ese beneficio, yo te ofrezco un préstamo. ¿A qué tantos remilgos? Yo no soy más que un mujik, un simple mujik. Mi proposición es sincera.

TROFIMOF. —Tu padre era un mujik. El mío es un pequeño farmacéutico...

LOPAKHIN (extrae la cartera de un bolsillo). —¿Aceptas?

TROFIMOF. —Déjame, déjame en paz. Aunque me ofrecieras veinte mil rublos, no tomaría nada. Yo soy un hombre libre. Las deudas son servidumbre. Y todo eso que vosotros, ricos o pobres, apreciáis a tal extremo, sobre mí no ejerce el menor poder. Yo puedo prescindir de ti. Yo puedo pasar delante de ti sin advertir tu presencia. Yo soy fuerte, orgulloso. La Humanidad es un camino en marcha que lleva a la felicidad suprema, la cual es posible en este mundo. Yo me

hallo en las primeras filas.

LOPAKHIN. —¿Y tú crees poder llegar?

TROFIMOF. —Llegaré. (Pausa.) Y si no llego, por lo menos habré mostrado el camino a los que me seguirán.

(A lo lejos óyese un ruido seco. Es un hachazo que cortó un árbol.)

LOPAKHIN. —Mi buen amigo; hay que irse.

ANIA (en el umbral de la puerta). —Mamá os suplica que no se tale el jardín de los cerezos mientras ella se encuentre en la casa.

TROFIMOF. —En verdad, ese individuo carece de tacto. (Vase.)

LOPAKHIN. —Entendido... Ellos son, verdaderamente... (Sigue a Trofimof.)

ANIA. —Y Firz, ¿le han llevado al hospital?

YASCHA. —Di las órdenes necesarias a este efecto. Supongo que las habrán cumplido.

ANIA (a Epifotof, que atraviesa la habitación). —Simeón Panteleivitch, tened la bondad de informaros de si han llevado a Firz al hospital.

YASCHA (ofendido). —Yo se lo mandé esta mañana a Vegov. No hace falta insistir.

EPIFOTOF. —El viejo Firz, a mi juicio, no tiene compostura. Hay que expedirlo a sus antepasados. (Diciendo esto, coloca una maleta sobre una sombrerera de cartón y la aplasta.) Eso es; ya me lo maliciaba. (Parte.)

YASCHA (riendo). —El «Veintidós desgracias». (Dentro suena la voz de Varia.) ¿Han llevado a Firz al hospital?

ANIA. —Sí.

VARIA. —¿Por qué se olvidó la carta para el doctor?

ANIA. —Enviaremos la carta; no te preocupes.

(Vase.)

VARIA (siempre desde el interior). —¿Dónde anda Yascha? Dile que su madre vino a despedirse de él.

YASCHA (con un gesto de desdén). —¡Qué fastidio!

(Entra Duniascha, y, con Yascha, arregla los equipajes. Siguen Lubova Andreievna, Gaief y Carlota.)

GAIEF. —Es hora de partir.

YASCHA. —¿Quién huele a arenque?

LUBOVA. —Dentro de diez minutos habrá que tomar asiento en los carruajes. (Contempla los muros de la habitación.) Adiós, vieja y querida morada. Pasará el invierno; la primavera tornará, y tú serás demolida desde los cimientos hasta el tejado. ¡Cuántas cosas vieron estas paredes! (Besa a su hija con pasión.) ¡Tesoro mío! Estás contenta; tus ojos brillan como dos diamantes. Estás muy contenta, ¿verdad?

ANIA. —Sí, mamá. Esto es el comienzo de una nueva vida.

GAIEF. —Sí, por cierto; será mejor. Hasta el momento de la venta del jardín de los cerezos, todos hemos sufrido mucho. Ahora, cuando todo acabó, nos hemos calmado y nos sentimos casi alegres. Voy a ser, en adelante, un empleado de casa de banca. Tú, Lubova Andreievna, tienes mejor semblante.

LUBOVA. —Mis nervios no me molestan tanto. (Gaief le entrega su manta y su sombrero.) Duermo mejor. Yascha, que se lleven el equipaje. (A Ania.) Así, pues, niña, pronto nos volveremos a ver... Yo, parto para París; allí viviré con

los fondos que la abuela de Yaroslaf nos envió para la compra de nuestra finca. ¡Viva la abuela! Sin embargo, este dinero no me durará mucho tiempo.

ANIA. —Mamá, confío en que pronto estarás de regreso, ¿verdad? Yo, entretanto, haré mis exámenes en el colegio; después, trabajaré, te ayudaré. Juntas leeremos bonitos libros, muchos libros, ¿verdad, mamá? (La besa.) Ante nosotros ábrese un mundo nuevo... (Pensativa.) Sí, mamá; vuelve a París; regresa lo más pronto posible.

LUBOVA. —Regresaré muy en breve; pronto nos volveremos a ver.

(Entran Lopakhin y Pitschik.)

PITSCHIK (sofocado). —Déjame tiempo para respirar. Estoy cansado... Un vaso de agua...

GAIEF. —¿Vienes acaso a pedir dinero?... Me voy para no ser testigo de la escena. (Parte.)

PITSCHIK (a Lubova Andreievna). —Hace tiempo que no la he visto a usted. (A Lopakhin.) ¡Ah! ¿Estás tú aquí? Me alegro de verte; eres el hombre más listo de la tierra. Toma; recibe estos cuatrocientos rublos. Te quedo a deber ochocientos cuarenta.

LOPAKHIN (con asombro). —¡Esto es un sueño! ¿Dónde has encontrado ese dinero?

PITSCHIK. —Yo me ahogo... Ha sido una circunstancia totalmente imprevista. Los ingleses han hallado en mis tierras una arcilla blanca... (A Lubova Andreievna.) Para usted los cuatrocientos rublos. El resto vendrá después.

LOPAKHIN. —¿Qué ingleses?

PITSCHIK. —Yo te arrendé por veinticuatro años el terreno arcilloso.

LUBOVA. —Es hora de partir... Y mañana tomaré el tren para el extranjero.

PITSCHIK (emocionado). —Estas cosas... (Se va y vuelve...) Daschinka me encarga que la salude a usted muy cariñosamente. (Parte.)

LOPAKHIN. —¿Qué la preocupa a usted?

LUBOVA. —Dos cosas me preocupan: Firz, que está enfermo; luego, Varia. Es una muchacha laboriosa, madrugadora, fiel. Su aspecto no me gusta. Está pálida. Enflaquece de día en día... (Pausa.) Está como un pez que le han sacado del agua. (A Lopakhin.) Yo contaba casarla con usted. (Ania y Carlota, obedeciendo a un signo de Lubova Andreievna, salen de la habitación.) Sé que ella le quiere; y usted la quiere también... No comprendo lo que ocurre.

LOPAKHIN. —Yo la quiero también; es exacto. No comprendo tampoco lo que ocurre..., en verdad... Esto es ridículo. Si tuviéramos tiempo, yo estoy dispuesto a zanjar el asunto en seguida.

LUBOVA. —Voy a llamarla... ¡Varia!

LOPAKHIN. —A propósito, tenemos aquí el champaña para celebrar el suceso... (Mira la bandeja y las copas.) ¡Todas están ya vacías! (Yascha circula a diestro y siniestro. Lubova, con Yascha, sale. Lopakhin saca su reloj.) ¡Ah! (Detrás de la puerta, risa ahogada; Varia entra contemplando las maletas.) ¿Y usted qué va a hacer, Varia Michelovna?

VARIA. —¿Yo? Iré a casa de los Rasdinlin, como ama de llaves.

LOPAKHIN. —Yo salgo inmediatamente para Kharkof. He arrendado la propiedad a Epifotof.

VARIA. —Está bien.

(Óyese una voz por la ventana abierta: «iYermolai Alexievitch!»). Lopakhin, como si esperara a ser llamado, vase rápidamente. Varia siéntase en el suelo, apoya la cabeza y llora. La puerta se entreabre. Lubova Andreievna aparece.)

LUBOVA. —Tenemos que irnos. (Varia levanta la cabeza, se enjuga los ojos.) Sí; vámonos. ¡Ania! ¿Estás lista?

(Llegan Ania, Gaief y Carlota. Gaief lleva un viejo gabán de invierno y un tapabocas. Epifotof acaba de arreglar los bultos de equipaje. Entran Trofimof y luego Lopakhin.)

LUBOVA. —¿Empezaron a cargar las maletas?

LOPAKHIN. —Creo que sí. (A Epifotof.) Procura que todo esté en orden.

EPIFOTOF. —Yo me encargo de ello, tranquilícese.

LOPAKHIN. —¿Te ahogas?

EPIFOTOF. —Acabo de beber agua y me he tragado no sé qué.

YASCHA (con desprecio). —¡Qué imbécil!

TROFIMOF. —Andando, ¡al coche!

VARIA. —Pietcha, aquí están, por fin, sus chanclos. Se hallaban detrás de una maleta. ¡Qué viejos y qué sucios son!

TROFIMOF (calzando sus chanclos). —Gracias, Varia.

(Gaief hace esfuerzos por no llorar.)

ANIA. —Adiós, vieja morada; adiós la vida de ayer.

TROFIMOF. —¡Viva la vida de mañana!,

(Sale con Ania. Varia contempla la habitación y sale sin darse ninguna prisa. Carlota la sigue, llevando su perrito en brazos.)

LOPAKHIN. —¡Hasta la primavera próxima! Salid, si os place...

¡Hasta la vista! (Parte.)

LUBOVA. —¿Es una pesadilla? (Cae en los brazos de Gaief, y ambos lloran silenciosos, como si temieran ser oídos.)

GAIEF (desesperado). —¡Ay, hermana mía! ¡Hermana mía!

LUBOVA. —¡Ay, mi querido jardín! ¡Mi querido, mi hermoso jardín!... ¡Mi vida, mi juventud, mi felicidad! ¡Adiós!... ¡Adiós!...

VOZ DE ANIA (gozosa). —¡Mamá!...

VOZ DE TROFIMOF (alegre, con exaltación). —¡Ea!...

LUBOVA. —Miro, por última vez, estos muros, estas ventanas... ¡Mi madre sentíase tan feliz en este aposento!

GAIEF. —¡Hermana mía, hermana mía!

VOZ DE ANIA. —¡Mamá!

VOZ DE TROFIMOF. —¡Ea!...

LUBOVA. —Vámonos.

(Se van. La habitación queda vacía. Óyese cómo van cerrando con llave todas las puertas. Luego, el ruido de los coches; resuena el golpe seco del hacha que tala los cerezos. Este golpe es extraño, lúgubre. Alguien se acerca. Rumor de pasos. Por la puerta de la derecha entra Firz. Viste como siempre, de librea y chaleco blanco; usa zapatillas. Tiene aspecto de enfermo. Semeja un fantasma.)

FIRZ (aproximándose trabajosamente a una de las puertas de salida y tratando de abrirla). —Está cerrada. Se han ido... (Déjase caer sobre el sofá.) ¡Me han olvidado!... No importa... Esperaré... Ahora caigo en que Leónidas Andreievitch se ha olvidado de ponerse su abrigo de pieles... (Suspira con inquietud.) Y pensar que yo no lo noté... (Balbucea algunas frases.) La vida pasó ya. Es como si yo no hubiera vivido... (Tiéndese sobre el canapé.) Permaneceré así, tendido, por

algunos instantes... Las fuerzas empiezan a faltarte. Firz, tu vida se va. Nada más me queda, nada más... (Su cabeza hace un movimiento, cual si intentara erguirse, y cae de nuevo.) Nada... (Balbuciente.) Más... (Expira.)

Ruido lejano, como si viniera del cielo, como el de una cuerda de violín, que estalla. Ruido siniestro que se extingue poco a poco. Todo está en calma. En el profundo silencio los hachazos continúan.

Antón Chéjov



Antón Pávlovich Chéjov (en ruso: **Антон Павлович Чехов**, romanizado Pavlovič Čehov), (Taganrog, 17 de enero [calendario juliano] / 29 de enero de 1860 [calenario gregoriano] - Badenweiler, Baden-Wurtemberg (Imperio alemán), 2 de julio / 15 de julio de 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Encuadrable en la corriente más psicológica del realismo y el naturalismo, fue un maestro del relato corto, siendo

considerado como uno de los más importantes escritores de este género en la historia de la literatura. Como dramaturgo se enclava dentro del naturalismo, aunque con ciertos toques de simbolismo y escribió unas cuantas obras, de las cuales son las más conocidas La gaviota (1896), El tío Vania (1897), Las tres hermanas (1901) y El jardín de los cerezos (1904). En estas obras idea una nueva técnica dramática que él llamó de "acción indirecta", fundada en la insistencia en los detalles de caracterización e interacción entre los personajes más que el argumento o la acción directa, de forma que en sus obras muchos acontecimientos dramáticos importantes tienen lugar fuera de la escena y lo que se deja sin decir muchas veces es más importante que lo que los personajes dicen y expresan realmente. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas escribió al respecto:

La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante.

La mala acogida que tuvo su obra La gaviota (en ruso: "Гавиота") en el año 1896 en el estatal (imperial) Teatro Alexandrinski de San Petersburgo casi lo desilusiona del teatro, pero esta misma obra tuvo un gran éxito dos años después, en 1898, gracias a la interpretación del Teatro del Arte de Moscú dirigido por el innovador director teatral Konstantín Stanislavski, quien repitió el éxito para el autor con Tío Vania ("Тя́ня Вя́ня"), Las tres hermanas ("Три сестры") y El jardín de los cerezos ("Сад яблонь").

Al principio Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística fue creciendo al introducir innovaciones que influyeron poderosamente en la evolución del relato corto. Su originalidad consiste en el uso de la técnica del monólogo, adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón, además del rechazo de la finalidad moral presente en la estructura de las obras tradicionales. No le preocupaban las dificultades que esto planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es realizar preguntas, no responderlas.

Según el escritor estadounidense E. L. Doctorow, Chéjov posee la voz más natural de la ficción, «sus cuentos parecen esparcirse sobre la página sin arte, sin ninguna intención estética detrás de ellos. Y así uno ve la vida a través de sus frases».

(Información extraída de la Wikipedia)